

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LIV, número 9 (2.758)

Ciudad del Vaticano

4 de marzo de 2022



Llamamiento del Papa en la audiencia general

Acompañemos al pueblo ucraniano que sufre por los bombardeos

Madres con sus hijos al reparo en los subterráneos del Ohmadyt Children's Hospital a Kiev (Roman Pilipey / Epa)

EN ESTE NÚMERO

En el Ángelus la cercanía del Papa a los sufrimientos del pueblo ucraniano para implorar el fin de la guerra

Que callen las armas

PÁGINA 2

En Granada el cardenal Semeraro beatifica dieciséis mártires

Don y gracia para toda la Iglesia

PÁGINA 3

El cardenal Parolin presidió en el Aventino la celebración del Miércoles de Ceniza

Imploramos a Dios esa paz que los hombres no pueden construir

PÁGINAS 4-5

El Pontífice un año después del viaje al país

Irak no puede ser reducido a un campo de guerra

PÁGINA 6

La alarma de la ONU

Europa se enfrenta a su peor crisis humanitaria en décadas

PÁGINA 7

Encuentro sinodal del Papa con los jóvenes universitarios de las Américas

Necesitamos la profecía de la no violencia

LORENA PACHO EN PÁGINA 7

Intervención del arzobispo Caccia observador permanente en las Naciones Unidas

Cese inmediato de las hostilidades

Un cese inmediato de las hostilidades y una vuelta a la diplomacia y al diálogo. Esta es, en resumen, la petición de la Santa Sede contenida en dos declaraciones del arzobispo Gabriele Giordano Caccia, observador permanente de la Santa Sede ante las Naciones Unidas en Nueva York, en su intervención en el "Joint Launch of the Humanitarian Flash Appeal and the Regional Refugee Response Plan for Ukraine" y en la 11ª sesión especial de emergencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York.

Monseñor Caccia recordó el llamamiento del domingo pasado del Papa, quien, además de expresar su cercanía a los que sufren a causa del conflicto, pidió con urgencia la apertura de corredores humanitarios para las personas que huyen del conflicto. La Santa Sede —subrayó el prelado— considera esencial "garantizar el acceso pleno, seguro y sin obstáculos de los agentes humanitarios para que puedan ofrecer rápidamente asistencia a las poblaciones civiles necesitadas en Ucrania. La protección de la población civil, así como del personal humanitario, de acuerdo con el derecho internacional humanitario, debe ser una prioridad". De ahí la decisión de la Santa Sede de unirse a "los numerosos Estados miembros que han pedido el cese inmediato de las hostilidades y

la vuelta a la diplomacia y al diálogo". A medida que avanzamos, continuó Caccia, "la Iglesia católica y sus instituciones caritativas, a distancia y sobre el terreno, ya están ayudando a miles de personas y seguirán haciéndolo". No faltaron las palabras de agradecimiento para todos aquellos países que "están ofreciendo ayuda humanitaria a las personas necesitadas tanto en Ucrania como en los países vecinos donde muchos ucranianos han buscado seguridad".

Para la Santa Sede, es una responsabilidad común "acoger, proteger y asistir a los cientos de miles de refugiados". "Los esfuerzos para responder a las necesidades

de quienes huyen en busca de seguridad deben respetar el principio de no devolución y nuestras obligaciones comunes en virtud del derecho internacional, incluido el derecho internacional de los refugiados, y ofrecerse de forma no discriminatoria". Por último, monseñor Caccia recordó que la Santa Sede está convencida de que siempre "hay tiempo para la buena voluntad, siempre hay espacio para la negociación, siempre hay lugar para ejercer una sabiduría que pueda evitar la prevalencia del interés partidista, salvaguardar las legítimas aspiraciones de cada individuo y evitar al mundo la locura y los horrores de la guerra".

Viaje a la República Democrática del Congo y a Sudán del Sur del 2 al 7 de julio

El Pontífice en África

"Aceptando la invitación de los respectivos Jefes de Estado y Obispos, el Santo Padre Francisco realizará un Viaje Apostólico a la República Democrática del Congo del 2 al 5 de julio próximos, visitando las ciudades de Kinsha-

sa y Goma, y a Sudán del Sur del 5 al 7 de julio, yendo a Juba". Así lo ha anunciado el director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni, añadiendo que "el programa del viaje se publicará a su debido tiempo".

En el Ángelus el Papa renueva la invitación a la Jornada de ayuno del 2 de marzo, miércoles de ceniza

Que callen las armas

Cercanos a los sufrimientos del pueblo ucraniano para implorar el fin de la guerra

«Con el corazón desgarrado por todo lo que sucede en Ucrania... repito: ¡que callen las armas!». Es el sincero llamamiento lanzado por el Papa Francisco al finalizar el Ángelus del 27 de febrero en la plaza de San Pedro. Sin olvidar «la guerra en otros lugares del mundo, como Yemen, Siria, Etiopía», el Pontífice renovó la invitación a unirse a él el día 2 de marzo, miércoles de Ceniza, para una Jornada de ayuno y de oración por la paz. Anteriormente, comentado como es habitual el Evangelio del domingo, había ofrecido una reflexión «sobre nuestra mirada y sobre nuestro hablar».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de la liturgia de hoy, Jesús nos invita a reflexionar sobre nuestra mirada y sobre nuestro hablar. Mirada y hablar.

Ante todo, nuestra mirada. El riesgo que corremos, dice el Señor, es el de concentrarnos en mirar la brizna de paja en el ojo del hermano sin darnos cuenta de la viga que hay en el nuestro (cfr. Lc 6,41). En otras palabras, estamos muy atentos a los defectos de los demás, incluso a los que son pequeños como una brizna de paja, e ignoramos serenamente los nuestros otorgándonos poco peso. Es verdad lo que dice Jesús: encontramos siempre motivos para culpabilizar a los demás y justificarnos a nosotros mismos. Y muchas veces nos quejamos de las cosas que no funcionan en nuestra sociedad, en la Iglesia, en el mundo, sin cuestionarnos antes a nosotros mismos y sin comprometernos en primer lugar a cambiar —todo cambio fecundo, positivo, debe comenzar por nosotros mismos; de lo contrario, no habrá cambio—. Pero Jesús explica que haciendo esto nuestra mirada es ciega. Y si estamos ciegos no podemos pretender ser guías y maestros para los demás: de hecho, un ciego no puede guiar a otro ciego, dice el Señor (cfr. v. 39).

Queridos hermanos y hermanas, el Señor nos invita a limpiar nuestra mirada. En primer lugar, nos pide que miremos nuestro interior para reconocer nuestras miserias. Porque si no somos capaces de ver nuestros defectos, tenderemos siempre a exagerar los de los demás. En cambio, si reconocemos nuestros errores y nuestras miserias, se abre para nosotros la puerta de la misericordia. Y, después de que hayamos mirado nuestro interior, Jesús nos invita a mirar a los demás como lo hace Él —este es el secreto: mirar a los demás como lo hace Él—, que no ve antes que nada el mal sino el bien. Dios nos mira así: no ve en nosotros errores irremediables, sino que ve hijos que se equivocan. El punto de vista cambia: no se concentra en los errores, sino en los hijos que se equivocan.



Dios distingue siempre la persona de sus errores. Salva siempre la persona. Cree siempre en la persona y está siempre dispuesto a perdonar los errores. Sabemos que Dios perdona siempre. Y nos invita a hacer lo mismo: a no buscar en los demás el mal, sino el bien.

Después de la mirada, Jesús nos invita hoy a reflexionar sobre nuestro modo de hablar. El Señor explica que «de la abundancia del corazón habla su boca» (v. 45). Es verdad, por el modo de hablar

de alguien enseguida te das cuenta de lo que tiene en su corazón. Las palabras que usamos dicen la persona que somos. Sin embargo, a veces prestamos poca atención a nuestras palabras y las empleamos de modo superficial. Pero las palabras tienen un peso: nos permiten expresar pensamientos y sentimientos, dar voz a los miedos que sentimos y a los proyectos que queremos realizar, bendecir a Dios y a los demás. Lamentablemente, con la lengua también podemos alimentar los

prejuicios, alzar barreras, agredir e incluso destruir; con la lengua podemos destruir a los hermanos: ¡las murmuraciones hieren y la calumnia puede ser más cortante que un cuchillo! Hoy en día, especialmente en el mundo digital, las palabras corren veloces; pero demasiadas vehiculan rabia y agresividad, alimentan noticias falsas y aprovechan los miedos colectivos para propagar ideas distorsionadas. Un diplomático, que fue Secretario General de las Naciones Unidas y ganó el premio Nobel de la Paz, dijo que «abusar de la palabra equivale a despreciar al ser humano» (D. Hammarskjöld, *Marcas en el camino*, Magnano BI 1992, 131).

Preguntémosnos entonces qué tipo de palabras utilizamos: ¿palabras que expresan atención, respeto, comprensión, cercanía, compasión? ¿o más bien palabras cuya finalidad principal es hacernos quedar bien ante los demás? Y, además, ¿hablamos con mansedumbre o contaminamos el mundo esparciendo venenos: criticando, lamentándonos, alimentando la agresividad difusa? Que la Virgen María, cuya humildad miró Dios, la Virgen del silencio a quien ahora rezamos, nos ayude a purificar nuestra mirada y nuestro modo de hablar.

Después de la oración mariana, el Papa reiteró el llamamiento por el pueblo ucraniano, recordó la beatificación del día anterior en Granada del sacerdote Cayetano Giménez Martín y quince compañeros mártires en el contexto de la persecución religiosa en España en 1936, y saludó a los grupos presentes. Finalmente habló de la Jornada de las

Enfermedades Raras, que se celebró el 28 de febrero.

Queridos hermanos y hermanas:

En estos días hemos sido turbados por algo trágico: la guerra. Numerosas veces hemos rezado para que no se emprendiera este camino. No dejemos de orar, es más, supliquemos a Dios con mayor intensidad. Por eso renuevo a todos la invitación a vivir el 2 de marzo, Miércoles de Ceniza, un día de oración y ayuno por la paz en Ucrania; una jornada para estar cerca de los sufrimientos del pueblo ucraniano, para sentirnos todos hermanos e implorar a Dios el final de la guerra.

Quien hace la guerra olvida a la humanidad. No parte de la gente, no mira la vida concreta de las personas, sino que antepone a todo los intereses de parte y de poder. Confía en la lógica diabólica y perversa de las armas, que es la más alejada de la voluntad de Dios. Y se distancia de la gente común, que desea la paz, y que en todo conflicto es la verdadera víctima que paga sobre su propia piel las locuras de la guerra. Pienso en los ancianos, en cuantos buscan refugio en estas horas, en las mamás que huyen con sus niños... Son hermanos y hermanas para los que es urgente abrir corredores humanitarios y que deben ser acogidos.

Con el corazón desgarrado por todo lo que sucede en Ucrania —y no olvidemos la guerra en otros lugares del mundo, como Yemen, Siria, Etiopía...—, repito: ¡que callen las armas! Dios está con los operadores de paz, no con quien emplea la violencia. Porque quien ama la paz, co-

mo dice la Constitución Italiana, «repudia la guerra como instrumento de ofensa a la libertad de los demás pueblos y como medio de resolución de las controversias internacionales».

Ayer, en Granada, España, fueron proclamados beatos el sacerdote Cayetano Giménez Martín y quince compañeros mártires, asesinados *in odium fidei* en el contexto de la persecución religiosa de los años treinta del siglo pasado en España. Que el testimonio de estos heroicos discípulos de Cristo suscite en todos el deseo de servir al Evangelio con fidelidad y valentía. Un aplauso para los nuevos beatos.

¡Os saludo a todos, romanos y peregrinos!

Saludo especialmente a las niñas quinceañeras de Panamá; a los jóvenes universitarios de la diócesis de Oporto; a los fieles de Mérida-Badajoz y de Madrid, en España; a los de París y los de Polonia; a los grupos de Reggio Calabria, de Sicilia y de la Unidad Pastoral Alta Langa; a los confirmandos de Urgano y a los jóvenes de Petosino, diócesis de Bérgamo.

Un saludo especial a cuantos han venido con ocasión del Día de las Enfermedades Raras, que se celebra mañana: ánimo a las diversas asociaciones de enfermos y de familiares, así como a los investigadores que trabajan en este campo. ¡Estoy con vosotros! Saludo a los pueblos aquí presentes. Veo muchas banderas de Ucrania; (en ucraniano): ¡Alabado sea Jesucristo! Os deseo a todos un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta la vista.

La cercanía del Papa a los ucranianos



“Toda guerra deja al mundo peor que como lo había encontrado. La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad, una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal”: no son palabras nuevas, pero explican bien los sentimientos que animan al Papa en estas horas de guerra en Ucrania. Están tomadas de la carta encíclica *Fratelli tutti* (n. 261) y Francisco las ha tuiteado en la cuenta @Pontifex, acompañándolas de su firma autógrafa y de una elocuente imagen de Cristo crucificado. Las palabras del tuit también se tradujeron al ruso y al ucraniano. Al relanzar los hashtags #OremosJuntos y

#Ucrania, el obispo de Roma intenta mantener la atención de los medios de comunicación sobre el trágico escenario de Europa del Este, al que dedicará una jornada de ayuno y oración por la paz el Miércoles de ceniza, 2 de marzo. También el 25 de febrero se produjo una llamada telefónica entre el Papa y Su Beatitud Sviatoslav Shevchuk, arzobispo mayor de Kyiv-Halyč. Así lo hizo saber la Iglesia greco-católica ucraniana, explicando que, tras pedir información sobre la situación general en la capital y en la nación, el Pontífice expresó su voluntad de hacer todo lo posible y se interesó por las condiciones de quie-

nes viven en los territorios más afectados por las operaciones militares rusas. Agradeció a la Iglesia greco-católica ucraniana su decisión de permanecer cerca de la población que sufre y por haber puesto a su disposición los sótanos de la Catedral del Arzobispo Mayor, que se han convertido en un verdadero refugio, y finalmente les aseguró sus oraciones e impartió una bendición al pueblo ucraniano. Por su parte, el Arzobispo Mayor, en un mensaje de vídeo ha transmitido la cercanía del Papa a los fieles, agradeciéndole porque su apoyo está movilizándolo a la comunidad internacional.



Imágenes de la frontera entre Ucrania y Polonia (foto Caritas Polonia)

En Granada el cardenal Semeraro beatifica dieciséis mártires

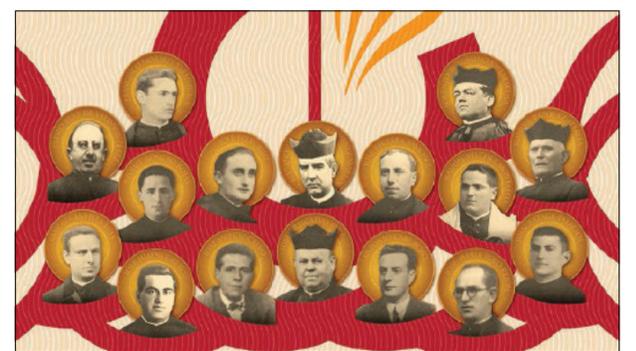
Don y gracia para toda la Iglesia

La santidad de los mártires no es nunca un «evento del pasado»; es siempre, «al contrario, una gracia para la Iglesia». Así lo aseguró el cardenal Marcello Semeraro, prefecto de la Congregación de las causas de los santos, durante la beatificación en Granada de Cayetano Giménez Martín y quince compañeros -trece sacerdotes, un seminarista y un laico miembro de Acción católica- asesinados en odio a la fe en 1936 durante la persecución religiosa en España en el siglo XX. El rito, presidido por el purpurado en representación del Papa Francisco, tuvo lugar el sábado por la mañana, 26 de febrero, en la catedral de la ciudad, después de que se había pospuesto el 23 de mayo de 2020 a causa de la pandemia del Covid-19. En la homilía, el cardenal recordó cómo san Ambrosio dijo que «nosotros somos fruto de los mártires y por eso debemos invocarlos. Ellos son para nosotros como una prenda de vida eterna». Aún cuando han sido débiles, añadió, y «han cometido pecados», han sido «purificados por su propia sangre, y

ahora pueden interceder por nuestros pecados». Los mártires de Dios, explicó el prefecto, son «aquellos que nos guían, los que nos ayudan a mirar nuestra propia vida». No debemos, por tanto, «tener miedo de mostrarles nuestras enfermedades, porque ellos mismos, aún habiendo conseguido la victoria, han experimentado la fragilidad humana». Así, hizo notar el celebrante, «honoramos y veneramos a los nuevos beatos mártires, conscientes de que en ellos, aún frágiles y débiles como nosotros, Cristo está presente, aunque en modo misterioso». Al respecto citó las palabras de *Tertulliano Christus in martyre est*, para remarcar que es Cristo la fuerza de los hombres, de forma que, como escribe San Pablo, cada un puedo en aquel que me conforta» (*Fil 4, 13*). Los mártires de Granada que «honoramos y veneramos, como tantos otros de esta maravillosa tierra, han dado su testimonio a Cristo soportando grandes penalidades y sufriendo la muerte misma, en el contexto, de carácter anticristiano». Los sacerdo-

tes y los fieles que son beatificados fueron «desde el inicio, señalados como mártires de Granada», dado que en la causa para su beatificación «se vieron pronto involucrados los arzobispos de esta Iglesia y el entero pueblo cristiano de Granada». Todo sucedió en 1936, recordó el prefecto, pero ya en 1939 sus nombres «fueron esculpidos en dos pilastras de mármol en la capilla mayor» de la catedral. El primero de estos mártires, Cayetano Giménez Martín, es recordado como «hombre contemplativo y sencillo» que en cada uno «sabía reconocer la imagen de Dios y la respetaba como tal». Entre muchos sacerdotes había un seminarista, Antonio Caba Pozo, tenía apenas veintidós años y al perseguidor que le amenazaba le dijo: «matadme cuando queráis; porque yo muerro por Jesucristo». Y con ellos estaba también un fiel laico, José Muñoz Calvo, presidente de la rama juvenil de Acción Católica de Alhama de Granada. Animaba a sus compañeros: «Muramos tranquilos, somos católicos y nuestro delito es serlo. Viva Cristo Rey». El purpurado evidenció que to-

dos, «al sufrir la muerte violenta, en lo íntimo de su corazón gritaron a Dios: tu gracia vale más que la vida; tu misericordia vale más que la vida (*Sal 63,4*)». Casiodoro, añadió el prefecto, literato y político calabrese que vivió en el siglo VI, comentaba así el versículo citado: «El salmista llama misericordia a los bienes que el Señor promete con generosa bondad a sus santos y que son con mucho preferibles a la vida presente. Esta vida está llena de innumerables penas, en cambio la otra de una serenidad eterna. Esta se diferencia tanto de la luz del mundo como los tormentos pueden ser diversos de la paz eterna. Es por tal motivo que las multitudes de los mártires aceptan gustosamente morir a este mundo, convencidos que, a causa de esta muerte temporal, serán vencedores para la eternidad». A la luz del Evangelio proclamado en la liturgia del día, se puede lograr entender el sentido de una elección paradójica: «jescoger la muerte por la vida!». El cardenal Semeraro hizo después referencia al «ser para la muerte» del filósofo Martin Heidegger, indicando que «no-



otros, a la luz de la fe en Cristo crucificado y resucitado, reconocemos que propiamente de la muerte nace la vida». Jesús, prosiguió el cardenal, es grano de trigo que sepultado en la tierra renace como espiga y ésta es la Iglesia». La ley enunciada por el Señor, sin embargo, «vale también en la Iglesia». De hecho, para «producir fruto es necesario morir». Es también en esta óptica «de los frutos de vida eterna», que se debe mirar a la historia de los mártires. Es una mirada que «abre el ánimo a la esperanza de un fruto abundante. *Semen est sanguis christianorum decia Tertuliano*, antiguo autor cristiano». El ejemplo de fidelidad a Cristo que se encuentra «en el sangriento fin de la vida de los nuevos beatos sea, entonces, promesa y promesa de una nueva siembra». Surja de ella «el grano su-

ficiente para comenzar una gran multiplicación del pan, para saciar el hambre de la multitud de los hombres». La santidad de los mártires, de hecho, «no es nunca un evento del pasado»; es siempre, al contrario, «una gracia para la Iglesia». Finalmente, el purpurado concluyó recordando un himno de Laudes de la fiesta de los mártires de la antigua litúrgica mozárabe —nacida en el siglo IV en la península ibérica— que inicia así: *Laudes sanctorum martyrum - quos sacra fecit passio - Christi conformes gloriae - puris canamus cordibus* (PL 86, 1003). Es el canto que «también nosotros queremos elevar hoy al Señor, agradecidos por el don de estos nuevos dieciséis beatos», que ha hecho a la Iglesia: «Con un corazón puro, cantamos las alabanzas de los santos mártires, que la beata pasión ha hecho semejantes a Cristo glorioso».

INICIO DE LA CUARESMA

El cardenal Parolin presidió en el Aventino la celebración del Miércoles

Imploramos a Dios esa paz que los homb

El cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, presidió la celebración de la santa misa en el Miércoles de Ceniza, en la tarde del 2 de marzo, en la basílica de Santa Sabina en el Aventino. El purpurado la leyó la homilía preparada por el Papa Francisco que no pudo estar presente a causa de un agudo dolor de rodilla, por lo cual el médico le había recetado un periodo de mayor reposo en la piera. Publicamos el texto a continuación.

En este día, que abre el tiempo de Cuaresma, el Señor nos dice «Tengan cuidado de no practicar su justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos: de lo contrario, no

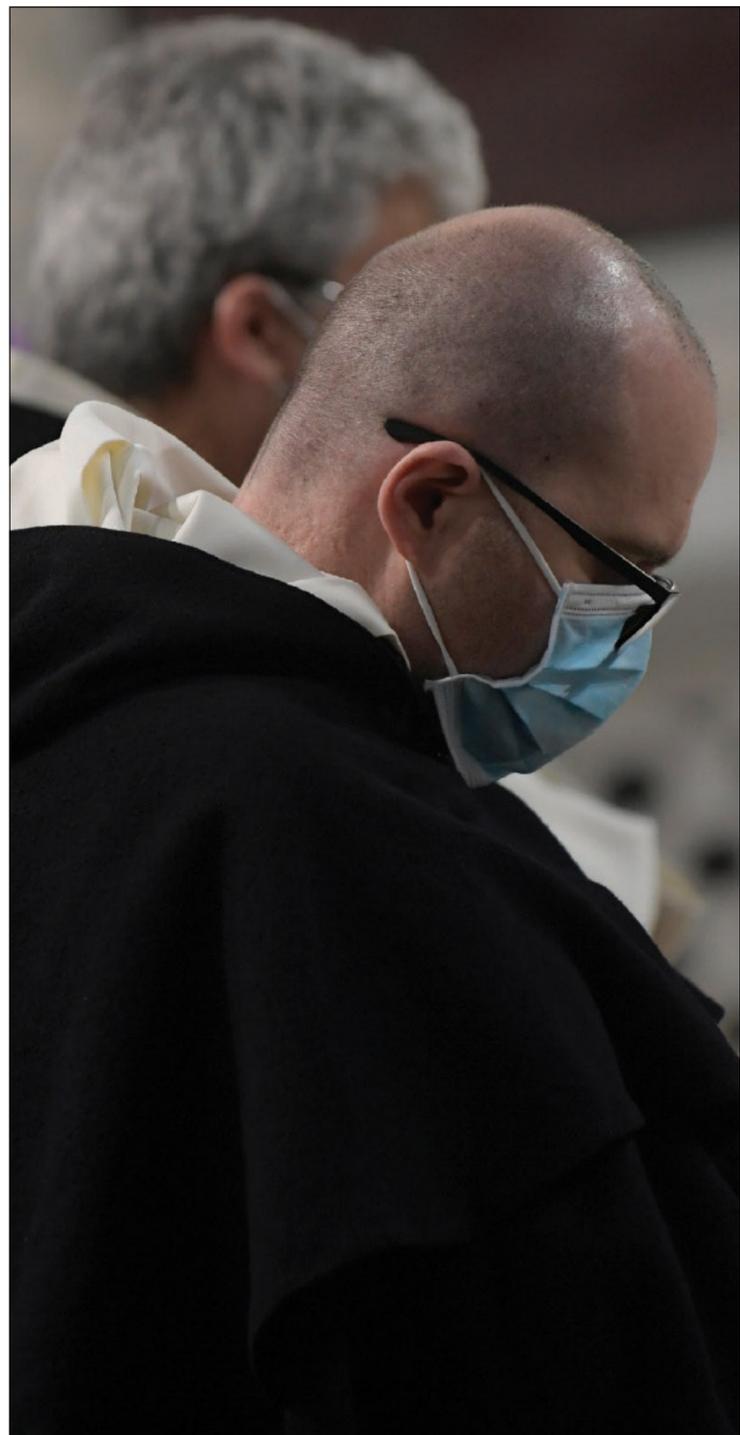
este término, la recompensa, que parece ser el resorte principal de nuestra acción. De hecho, hay en nosotros, en nuestro corazón, una sed, un deseo de alcanzar una recompensa, que nos atrae e impulsa todo lo que hacemos.

Sin embargo, el Señor distingue entre dos tipos de recompensa a la que puede aspirar la vida de una persona; por un lado, está la recompensa del Padre y, por otro, la recompensa de los hombres. La primera es eterna, es la verdadera y definitiva recompensa, el propósito de la vida. La segunda, en cambio, es transito-

Los que buscan la recompensa del mundo nunca encuentran la paz, ni saben tampoco cómo promoverla. Esto se debe a que pierden de vista al Padre y a sus hermanos y hermanas

recibirán ninguna recompensa del Padre que está en el cielo» (Mt 6,1). Puede sorprender, pero en el Evangelio de hoy la palabra que más se repite es recompensa (cf. vv. 1.2.5.16). Normalmente, en el Miércoles de Ceniza nuestra atención se centra en el compromiso que requiere el camino de fe, más que en la recompensa a la que conduce. Sin embargo, hoy el discurso de Jesús vuelve siempre a

ria, es un disparate al que tendemos cuando la admiración de los hombres y el éxito mundano son lo más importante para nosotros, la mayor gratificación. Pero es una ilusión, es como un espejismo que, una vez alcanzado, nos deja con las manos vacías. La inquietud y el descontento están siempre a la vuelta de la esquina para aquellos cuyo horizonte es la mundanidad, que seduce, pero luego



decepciona. Los que buscan la recompensa del mundo nunca encuentran la paz, ni saben tampoco cómo promoverla. Esto se debe a que pierden de vista al Padre y a sus hermanos y hermanas. Es un riesgo que todos corremos, por eso Jesús nos advierte: «Tengan cuidado». Es como si nos dijera: «Tienen la posibilidad de disfrutar de una recompensa infinita, una recompensa sin parangón: tengan cuidado, pues, de no dejarse deslumbrar por las apariencias, persiguiendo recompensas baratas, que se desvanecen en vuestras manos».

El rito de la ceniza, que recibimos sobre la cabeza, tiene por objeto salvarnos del error de anteponer la recompensa de los hombres a la recompensa del Padre. Este signo austero, que nos lleva a reflexionar sobre la caducidad de nuestra condición humana, es como una medicina amarga pero eficaz para curar la enfermedad de la apariencia. Es una enfermedad espiritual, que esclaviza a la persona, llevándola a depender de la admiración de los demás. Es una verdadera «esclavitud de los ojos y de la mente» (cf. Ef 6,6; Col 3,22), que lleva a vivir bajo el signo de la vanagloria, de modo que lo que cuenta no es la limpieza del corazón, sino la admiración de la gente; no la mirada de Dios sobre nosotros, sino cómo nos miran los demás. Y no se puede vivir bien contentándose con esta recompensa.

El problema es que esta enfermedad de la apariencia socava incluso los ámbitos más sagrados. Y es sobre esto en lo que Jesús insiste hoy. Incluso la oración, la caridad y el ayuno pueden volverse autorreferenciales. En cada gesto, inclusive en el más bello, puede esconderse la carcoma de la autosatisfacción. Entonces el corazón no es completamente libre porque no busca el amor al Padre y a los hermanos, sino la aprobación humana, el aplauso de la gente, la propia gloria. Y todo puede convertirse en una especie de fingimiento ante Dios, ante uno mismo y ante los demás. Por eso la Palabra de Dios nos invita a mirar dentro de nosotros mismos, para ver nuestras hipocre-

sías. Hagamos un diagnóstico de las apariencias que buscamos; tratemos de desenmascararlas. Nos hará bien. La ceniza saca a la luz la nada que se esconde detrás de la búsqueda frenética de recompensas mundanas. Nos recuerdan que la mundanidad es co-

la vida, para curarnos interiormente y caminar hacia la Pascua, hacia lo que permanece, hacia la recompensa del Padre. Es un camino de curación. No para cambiar todo de la noche a la mañana, sino para vivir cada día con un espíritu nuevo, con un estilo

Este signo austero, que nos lleva a reflexionar sobre la caducidad de nuestra condición humana, es como una medicina amarga pero eficaz para curar la enfermedad de la apariencia. Es una enfermedad espiritual, que esclaviza a la persona, llevándola a depender de la admiración de los demás

mo el polvo, que un poco de viento es suficiente para llevársela. Hermanas, hermanos, no estamos en este mundo para perseguir el viento; nuestros corazones tienen sed de eternidad. La Cuaresma es un tiempo que el Señor nos da para volver a

diferente. Este es el propósito de la oración, la caridad y el ayuno. Purificados por la ceniza cuaresmal, purificados de la hipocresía de las apariencias, recobran toda su fuerza y regeneran una relación viva con Dios, con los hermanos y consigo

REZANDO POR UCRANIA

Desde la colina del Aventino, el antiguo corazón de Roma, se elevó una oración por la paz en Ucrania y en todo el mundo. El Miércoles de Ceniza la tradicional procesión penitencial —desde el carisma benedictino de Sant'Anselmo hasta el dominicano de Santa Sabina— volvió a ser un signo fuerte, en las calles de Roma, entre la oración y el ayuno como pidió el Papa Francisco. El cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, encabezó la procesión y luego presidió la misa. El rito comenzó, como es tradición, en la iglesia de Sant'Anselmo. Los monjes cantaron el himno *Audi, benigne Conditor* y la procesión acompañada por el canto de las letanías, hacia Santa Sabina se inició con el canto del diácono: Vayamos en paz. La misa se celebró en la basílica de Santa Sabina. Al final de la homilía —el cardenal leyó el texto preparado por el Papa— comenzó el rito de la bendición y la imposición de la ceniza tras una breve pausa de silencio. Después de rociar las cenizas con agua bendita, el secretario de Estado pronunció una vez, para todos, la fórmula de la imposición de las cenizas. Fue el cardenal titular de Santa Sabina, Jozef Tomko —cumplirá 98 años el 11 de marzo y es el miembro de mayor edad del Colegio Cardenalicio— quien impuso las cenizas al Secretario de Estado que, a su vez, las impuso al cardenal Tomko, a los cardenales y a algunos de los presentes: benedictinos, dominicos, laicos, diáconos, ministrantes y maestros de ceremonias. Estuvieron presentes 11 cardenales, entre ellos el decano del Colegio Cardenalicio, Giovanni Battista Re; los arzobispos Edgar Peña Parra y Jan Romeo Pawłowski, sustituto para Asuntos Generales y secretario para las Representaciones Papales; el asesor, monseñor Luigi Roberto Cona, y los subsecretarios para las Relaciones con los Estados, monseñor Mirosław Stanisław Wachowski y Francesca Di Giovanni. También estuvieron presentes varios arzobispos y obispos. Y representantes de la Pontificia Academia Curiatorum Martyrum. Las canciones fueron interpretadas por el coro de la Capilla Sixtina.

de Ceniza

ores no pueden construir



mismos.

La oración humilde, hecha «en lo secreto» (Mt 6,6), en el recogimiento de la propia habitación, se convierte en el secreto para hacer que la vida florezca hacia afuera.

Es un cálido diálogo de afecto y confianza, que reconforta y abre el corazón. Especialmente en este período de Cuaresma, oremos mirando el Crucifijo: dejémonos invadir por la conmovedora ternura de Dios y pongamos en sus llagas nuestras heridas y las del mundo. No nos dejemos llevar por la prisa, estemos en si-

lencio ante Él. Redescubramos la fecunda esencialidad del diálogo íntimo con el Señor. Porque a Dios no le gustan las cosas ostentosas, sino que le gusta dejarse encontrar en lo secreto.

Es “el secreto del amor”, lejos de toda ostentación y de tonos llamativos.

Si la oración es verdadera, sólo puede traducirse en caridad. Y la caridad nos libera de la peor esclavitud, la de nosotros mismos. La caridad cuaresmal, purificada por la ceniza, nos devuelve a lo esencial, a la íntima

alegría de dar. La limosna, hecha sin llamar la atención de los demás, da paz y esperanza al corazón. Nos revela la belleza del dar que se convierte en un recibir y así nos permite descubrir un valioso secreto: «La felicidad está más en dar que en recibir» (Hch 20,35).

Por último, el ayuno. No es una dieta, sino que más bien nos libera de la autorreferencialidad de la búsqueda obsesiva de bienestar físico, para ayudarnos a mantener en forma no el cuerpo sino el espíritu. El ayuno nos reconduce a darle a las cosas su valor correcto.

En concreto, nos recuerda que la vida no debe estar sujeta a la escena pasajera de este mundo.

El ayuno no debe limitarse sólo a la comida; en Cuaresma debemos ayunar, sobre todo, de lo que nos hace dependientes; que cada uno reflexione sobre esto, para hacer un ayuno que realmente tenga un impacto en la vida concreta de cada uno.

Pero si la oración, la caridad y el ayuno deben madurar en secreto, sus efectos sin embargo no son secretos. La oración, la caridad y el ayuno no son medicamentos sólo para nosotros, sino para todos; de hecho, pueden cambiar la historia. En primer lugar, porque quien experimenta sus efectos, casi sin darse cuenta, los transmite a los demás; y, sobre todo, porque la oración, la caridad y el ayuno son las principales vías que permiten a Dios intervenir en nuestras vidas y en la vida del mundo. Son las armas del espíritu, y es con ellas que, en esta jornada de oración y ayuno por Ucrania, imploramos a Dios esa paz que los hombres solos no pueden construir.

Oh Señor, tú que ves en lo secreto y nos recompensas más allá de todas nuestras expectativas, escucha las oraciones de todos los que confían en ti, especialmente de los más humildes, de los más probados, de los que sufren y huyen bajo el estruendo de las armas.

Devuelve la paz a nuestros corazones, da de nuevo tu paz a nuestros días.

Amén.



Los cardenales Sandri y Czerny
en el Miércoles de Ceniza

En el tiempo de conversión, la oración y el ayuno por la paz

“No tenemos misiles, no tenemos fusiles, no tenemos tanques, no tenemos la fuerza de la violencia que quiere imponerse a cualquier precio. Tenemos la fuerza de la humildad de quien recibe el desprecio del mundo y de los poderosos de la tierra. Nuestra única arma —y en esto nos unimos a nuestro Papa Francisco— ante tanta vergüenza para la humanidad y tanto sufrimiento es rezar”. Estas son las sentidas palabras que pronunció el Miércoles de Ceniza el cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales, en Roma, en la catedral del Exarcado Apostólico para los fieles ucranianos en Italia. El vicdecano del Colegio de Cardenales se sumó así a la Jornada de Oración y Ayuno por Ucrania convocada por el Papa, junto con el obispo Paolo Dionisio Lachovicz, invocando “la intercesión de la Madre de Dios, Reina de Ucrania, ante esta catástrofe”. “Ayer, por teléfono —confió— escuchamos las lágrimas de Su Beatitud el Arzobispo Mayor Sviatoslav Sevchuk, que es un refugiado como tantos ucranianos en este momento —si es que no huyen—, que sufre los bombardeos, que sufre las separaciones, la huida, y que recoge en su corazón el dolor inmenso, indecible, de las madres, los padres, los soldados, los niños” bajo las bombas.

Deseando la paz y el fin de “este indecible sufrimiento del pueblo ucraniano”, el cardenal Sandri dirigió también su pensamiento a los emigrantes en Italia, “que tendrán que recibir a sus familiares, a sus amigos que huyen de esta guerra insen-



sata, impensable, inimaginable, inconcebible” y a los que “no han podido huir”, asegurando a los presentes que la “Iglesia está a vuestro lado, sufre con vosotros y os abre los humildes brazos del afecto fraterno y de la participación en vuestro dolor y vuestra oración”.

El cardenal Michael Czerny también habló de la importancia del “ayuno, que el Santo Padre nos ha pedido que asociemos este año a la oración por la paz en Ucrania”, durante la Misa de Ceniza celebrada con los miembros del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, del que es prefecto “ad interim”. “El ayuno es, en primer lugar, una forma de recordar que ‘no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’ —explicó el cardenal jesuita— y también nos recuerda que no podemos nutrirnos del Evangelio si no sentimos el ‘hambre y la sed de justicia’ que surge de los pueblos oprimidos, de los pobres de la tierra”. Además, añadió, “no podemos separar la escucha de la Palabra de Dios de la escucha del clamor de la humanidad”. En este caso, de hecho, “nuestra fe sería ‘incorpórea’ y, por tanto, no cristiana”, advirtió.

Por eso “la práctica del ayuno nos libera y aligera: disciplina nuestras necesidades y nos impulsa a no perder de vista lo esencial”, comentó el cardenal, subrayando cómo “en un mundo saturado de consumo, con necesidades inducidas por la ‘cultura del descarte’, experimentar la privación del cuerpo nos recuerda que no estamos hechos para satisfacer los instintos, sino para la plenitud de la vida. La fe tiene un ‘cuerpo’: el cuerpo de Cristo que tocamos en los que sufren”. Además, continuó, “Jesús es ‘el verdadero alimento y la verdadera bebida’, sólo él es el ‘pan de vida’ que no debe faltar a nadie”. De ahí la esperanza final de “que esta Cuaresma despierte nuestro espíritu y vuelva a centrar nuestro corazón en Cristo, para que podamos servir más fielmente al desarrollo humano integral de nuestros hermanos y hermanas que nos son dados como prójimos”.

A un año del viaje el Papa encuentra representantes de las Iglesias cristianas presentes en el país de Medio Oriente

El Pontífice un año después del viaje al país

Irak no puede ser reducido a un campo de guerra



«Vuestro país tiene la propia dignidad, la propia libertad y no puede ser reducido a un campo de guerra». Lo reiteró el Papa Francisco dirigiéndose a los representantes de las Iglesias en Irak recibidos en audiencia la mañana del lunes 28 de febrero, con ocasión del aniversario del viaje apostólico en el país mediorientado. Publicamos su discurso a continuación.

Queridos hermanos en Cristo, con emoción y alegría os encuentro aquí en Roma, representantes de las diferentes Iglesias cristianas en Irak, un año después de la visita, para mí inolvidable, en vuestro país. A través de vosotros, deseo extender mi cordial saludo a todos los pastores y fieles de vuestras

comunidades, haciendo más las palabras del apóstol Pablo: «A vosotros gracia y paz de parte de Dios» (Rm 1,7).

Vuestras tierras son tierras de los inicios: inicios de las antiguas civilizaciones de Oriente Medio, inicios de la historia de la salvación, inicio de la historia de la vocación de Abraham. Son también tierras de los inicios cristianos: de las primeras misiones, gracias a la predicación del apóstol Tomás, de Adai y Mari y de sus discípulos, no solo en Mesopotamia, sino hasta el lejano Oriente.

Pero son también tierras de exilio: pensemos en el exilio de los Hebreos a Nínive, y al de Babilonia, del que nos hablan

los profetas Jeremías, Ezequiel y Daniel, que sostuvieron la esperanza del pueblo desarraigado de su tierra. Pero también muchos cristianos de vuestra región fueron obligados al exilio: las persecuciones y las guerras, que se han producido hasta nuestros días, han obligado a muchos de ellos a emigrar, llevando en Occidente la luz del Oriente cristiano. Queridos hermanos, si hago referencia a estos episodios de la historia bíblica y cristiana de vuestro país, es porque no son extraños a la situación actual.

Vuestras comunidades pertenecen a la historia más antigua de Irak y han conocido momentos verdaderamente trágicos, pero han ofrecido valientes testimonios de fidelidad al Evangelio. Por esto doy gracias a Dios y os expreso a vosotros mi reconocimiento. Me inclino ante el sufrimiento y al martirio de aquellos que han custodiado la fe, también a costa de la vida.

Como la sangre de Cristo, derramada por amor, ha llevado reconciliación y ha hecho florecer la Iglesia, así la sangre de estos numerosos mártires de nuestro tiempo, pertenecientes a diferentes tradiciones, pero unidos en el mismo sacrificio, sea semilla de unidad entre los cristianos y signos de una nueva primavera de la fe.

Vuestras Iglesias, a través de las relaciones fraternas que existen entre ellos, han establecido múltiples vínculos de colaboración en el campo de la pastoral, de la formación y del servicio a los más pobres.

Hoy existe una arraigada comunión entre los cristianos del país. Quisiera animaros a proseguir sobre este camino, para que, mediante iniciativas concretas, un diálogo constante y lo que más cuenta, el amor fraterno, se cumplan pasos adelante hacia la plena unidad. En medio a un pueblo que ha sufrido tantas laceraciones y discordias, los cristianos resplandezcan como un signo profético de

unidad en la diversidad. Queridísimos, con vosotros deseo afirmar una vez más que no es posible imaginar Irak sin los cristianos.

Esta convicción no se basa solo en un fundamento religioso, sino sobre evidencias sociales y culturales. Irak sin los cristianos ya no sería Irak, porque los cristianos, junto a otros creyentes, contribuyen fuertemente a la identidad específica del país: un lugar en el que la convivencia, la tolerancia y la aceptación recíproca han florecido desde los primeros siglos: un lugar que tiene la vocación de mostrar, en Oriente Medio y en el mundo, la pacífica convivencia de las diferencias. Por lo tanto, nada debe quedar sin re-

También muchos cristianos de vuestra región fueron obligados al exilio: las persecuciones y las guerras, que se han producido hasta nuestros días, han obligado a muchos de ellos a emigrar, llevando en Occidente la luz del Oriente cristiano

mover para que los cristianos sigan sintiendo que Irak es su casa, y que son ciudadanos de pleno derecho, llamados a dar su contribución a la tierra donde siempre han vivido. (cfr Declaración común del Papa Francisco y del Catholicós-Patriarca Mar Gewargis III, 9 de noviembre de 2018, n.6).

Por esto, queridos hermanos, Pastores del Pueblo de Dios, sed siempre dedicados y diligentes para asistir y consolar el rebaño. Estad cerca de los fieles encomendados a vuestros cuidados, testimoniando sobre todo con el ejemplo y con la conducta de vida evangélica la proximidad y la ternura de Jesús Buen Pastor.

Vosotros cristianos de Irak, que desde tiempos apostólicos convivís con otras religiones, tenéis, hoy especialmente, otra vocación indispensable: comprometeros para que las religiones estén al servicio de la frater-



Un momento del viaje internacional de Francisco a Irak del 5-8 de marzo 2021

nidad.

De hecho, «las distintas religiones, a partir de la valoración de cada persona humana como criatura llamada a ser hijo o hija de Dios, ofrecen un aporte valioso para la construcción de la fraternidad y para la defensa de la justicia en la sociedad» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 271). Vosotros sabéis bien que el diálogo

cativa, y son alimentados por situaciones de injusticia y de precariedad, como los que dejan las guerras. ¡Y cuántas guerras, cuántos conflictos, cuántas nefastas interferencias han golpeado vuestro país! Este necesita de un desarrollo autónomo y cohesionado, sin que, como demasiadas veces tristemente ha sucedido, sea dañado por intereses externos. Vuestro país tiene la propia dignidad, la propia libertad y no puede ser reducido a un campo de guerra.

Queridos hermanos en Cristo, sabed que estáis en mi corazón y en las oraciones de tantísimas personas. No os desaniméis: mientras tantos, a varios niveles, amenazan la paz, nosotros no apartamos la mirada de Jesús, Príncipe de la paz, y no nos cansemos de invocar su Espíritu, artífice de unidad. San Efrén, siguiendo las huellas de san Ciprián, comparó la unidad de la Iglesia a la «túnica inmaculada e indivisa» de Cristo (cfr *Himnos a la crucifixión* VI, 6). A pesar de haber sido brutalmente despojado de sus vestidos, su túnica permaneció unida. También en la historia, el Espíritu de Jesús salvaguarda la unidad de los creyentes, a pesar de nuestras divisiones. Pedimos a la Santísima Trinidad, modelo de verdadera unidad que no es uniformidad, que fortalezca la comunión entre nosotros y entre nuestras Iglesias. ¡Podremos así corresponder al deseo vivo del Señor de que sus discípulos sean «uno» (Jn 17, 21)!

Os doy las gracias de corazón por haber venido y os propongo ahora recitar juntos la oración del Señor, cada uno en la propia lengua.



Viaje internacional del Papa Francisco a Irak del 5 al 8 de marzo 2021

Encuentro sinodal del Papa Francisco con los jóvenes universitarios de las Américas

Necesitamos la profecía de la no violencia

LORENA PACHO PEDROCHE

El Papa Francisco, como un pastor que dedica tiempo a su rebaño y lo cuida y lo guía con ternura, ha dialogado de manera virtual sobre inmigración, paz, justicia social, servicio a los demás, fraternidad y cuidado de la creación, entre otros temas, con un amplio grupo de estudiantes de las Américas procedentes de 58 universidades de 21 países.

El evento, que se celebró el 24 de febrero bajo el título "Construyendo puentes" y estaba organizado por la Universidad Loyola de Chicago, en colaboración con la teóloga argentina Emilce Cuda, secretaria de la Pontificia Comisión para América Latina, formaba parte del proceso sinodal que está llevando a cabo la Iglesia católica en el marco del sínodo sobre la sinodalidad. La conversación comenzó con un rezo por la situación de Ucrania, por la justicia y la paz en la región, por la creación de puentes y por el cese de la violencia.

Emilce Cuda, en la introducción de la conversación, reafirmó que la Pontificia Comisión para América Latina aspira a ser un puente de comunicación "no sólo entre la Curia Romana y las Iglesias particulares, sino también entre las Américas y sus pueblos", dijo, al explicar las razones de la iniciativa.

También habló sobre las migraciones, "la gran tragedia del siglo XXI que nos duele a todos" y se dirigió a Francisco para agradecerle su voluntad de conversar con los jóvenes: "Esto sí que es un gesto sinodal concreto, habla de su espíritu joven, de su capacidad para amar y para enamorar". También recordó las palabras que el Pontífice dirigió hace unos años a los estudiantes universitarios: "Saldrán de las aulas motivados para construir puentes".

El Papa Francisco, desde la Casa Santa Marta, comenzó su intervención resaltando que precisamente esa es la vocación del cristiano. "Un cristiano que no sabe construir puentes se olvidó de su bautismo", dijo. Y agregó: "No es una época con muchos cambios, es un cambio de época". También lanzó una receta para estos tiempos convulsos: "El oxígeno que tenemos que respirar para que esto funcione es la esperanza". El Pontífice comenzó hablando de las migraciones, "es uno de los dramas más serios", apuntó. Y habló de los millones de personas que se ven obligadas a salir de su tierra por problemas políticos, guerras, problemas económicos, culturales o religiosos. "A todos los migrantes se les debe recibir, acompañar, promover e integrar. Cada país debe decir cuántos puede acoger y el resto de Estados, en un diálogo universal de fraternidad, comienzan a hablar para ver como pueden recibir a esos migrantes".

Los estudiantes denunciaron las desigualdades socioeconómicas y faltas de oportunidades de los migrantes e hijos de inmigrantes y relataron problemáticas como la exclusión o la falta de oportunidades educativas.

"Somos soñadores, trabajadores, gente que ofrece lo mejor a este o cualquier país. Tenemos la esperanza de que trabajando



juntos como estudiantes podemos construir puentes que ya deberían estar construidos. Queremos ser parte del amor que proporciona direcciones y aliento y apoyo para que otros logren una buena vida", señaló una estudiante colombiana que emigró a Estados Unidos.

Los estudiantes y el Papa abordaron también el tema del diálogo entre generaciones y Francisco resaltó la importancia de las raíces: una sociedad que niega sus raíces es una sociedad suicida, dijo claramente. Y ahí es donde entra el diálogo entre

los mayores y los jóvenes: los mayores son precisamente las raíces, de las que salen los frutos. Y los inmigrantes que llegan a culturas y países diferentes también deben integrarse, pero sin olvidar sus raíces.

En respuesta a unos estudiantes de Brasil que relataron la situación de violencia que algunas personas sufren en este país, el Papa reiteró su firme rechazo a la violencia y propuso el camino de la no violencia activa. Y animó a los jóvenes a seguirlo y a "denunciar la violencia, que destruye la armonía de la crea-

ción, siempre destruye no construye". El Pontífice puntualizó: "Podemos verlo en todas las dictaduras, que se imponen con la destrucción. La no violencia permite el progreso, deja lugar al otro, aunque piense distinto, se da el diálogo y el respeto. Estamos necesitados de la profecía de la no violencia y ustedes la tienen que llevar adelante, porque es mucho más fácil si te dan un sopapo en la cara, dar un puño enseguida que si te dan un sopapo poner la otra mejilla, que es la mansedumbre de la no violencia". Y señaló el

ejemplo de Gandhi. También habló de la ternura Dios, que es cercano, misericordioso y tierno. "Dios se acerca con ternura y compasión", señaló el Papa. Además habló con los estudiantes sobre la importancia de cuidar la creación. "Dios perdona siempre, nosotros perdonamos de vez en cuando, la naturaleza nunca perdona", recordó. Y apuntó: "Si vos atacás a la naturaleza, la creación creas una cadena de violencia. La no violencia es el camino de la no hipocresía de la humanidad que es la que genera la verdadera revolución, el verdadero cambio, la verdadera liberación".

El Pontífice también reflexionó sobre el tema de la sinodalidad e hizo un llamamiento por una Iglesia "en camino", "en salida", que no sea una "Iglesia museo estática", donde todo está limpio y ordenado pero todo no funciona. Francisco relató una anécdota personal que vivió hace años en un barrio de Buenos Aires, cuando vio a un cura transformar la parroquia en Navidad y Semana Santa en un gran comedor abierto a los

inmigrantes y a quienes no tenían con quién pasar las fiestas: "Me escandalizó, 'eso no se hace' [pensé]. Pero fue para mí una bofetada que me fue cambiando el corazón. En la casa de Dios, en la casa donde te dan de comer y te cuidan se abre el corazón a una Iglesia que no sea estática, que no se defiende detrás de los muros", señaló. Francisco también abogó por una Iglesia en salida, que va al encuentro: "La verdadera Iglesia de Jesús, que está en el templo que usó Jesús, y ¿cuál es el templo más importante que usó Jesús? La calle".

El Papa tomó notas mientras los estudiantes hablaban con honestidad sobre sus puntos de vista, que incluían algunas críticas sobre cómo algunos líderes religiosos no han abordado cuestiones como el cambio climático. También respondió a muchas de sus preguntas.

El Pontífice defendió la idea de continuar estos diálogos en el futuro. "Como pastor, saben, me esforzaré por estar más cerca de la gente y servirles de la mejor manera posible", dijo.

La alarma de la ONU

Europa se enfrenta a su peor crisis humanitaria en décadas

Vidas enteras metidas en maletas o amontonadas en bolsas de plástico, cazadoras al hombro para desafiar las duras temperaturas invernales y un horizonte desconocido ante sus ojos: así aparecen los refugiados que huyen de Ucrania en los vídeos difundidos por los medios de comunicación de todo el mundo. En sus rostros se puede leer el miedo y la angustia de quienes se ven obligados a abandonar sus hogares para sobrevivir, sin saber cuál será su futuro. "Nos enfrentamos a lo que podría convertirse fácilmente en la peor crisis humanitaria y de refugiados en Europa en décadas", dijo ayer el Secretario General de la ONU, Antonio Guterres, en la apertura de la Asamblea General Extraordinaria de las Naciones Unidas.

Pidió el fin inmediato de los combates en Ucrania, la protección de los civiles, evitar el "escalofriante desarrollo" de un conflicto nuclear y buscar una solución diplomática. "Estoy agradecido", escribió después en un tuit, "por la compasión, la generosidad y la solidaridad de los vecinos de Ucrania que acogen a quienes buscan seguridad".

Es importante que esta solidaridad se extienda sin ningún tipo de discriminación por raza, religión o etnia". Mientras tanto, el número de refugiados ucranianos no deja de crecer: según la ONU, más de 660.000 personas han abandonado el país hacia los países vecinos. Sin embargo, según Filippo Grandi, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), el número aumenta "exponencialmente, hora tras hora", hasta el punto de que "en las próximas semanas podría llegar a los 4 millones", mientras que los desplazados internos podrían superar los 6 millones.

En casi cuarenta años de servicio, continúa Grandi, "rara vez he visto un crecimiento tan rápido del número de personas que huyen". Las

estimaciones actuales hablan de unos 350.000 refugiados en Polonia, 94.000 en Hungría, casi 40.000 en Moldavia, 34.000 en Rumanía, 30.000 en Eslovaquia; decenas de miles en otros países europeos, incluyendo un número considerable que se ha ido a Rusia.

En las fronteras se forman colas kilométricas de coches. Sólo en Medyka, el principal punto de acceso a

Polonia incluso sin haber solicitado protección internacional; se prevé un aumento de 16.000 plazas de acogida para ellos.

Por su parte, Cáritas Italiana, con el apoyo de la Conferencia Episcopal Nacional, ha lanzado una campaña de recogida de fondos, mientras que ya se ha recaudado un millón de euros con la campaña de solidaridad promovida por la Cruz Roja Italia-

na y Caritas Europa, Ucrania y Polonia han reiterado la necesidad de poner fin al "enorme sufrimiento" que padecen los ucranianos, promoviendo la solidaridad internacional y los corredores humanitarios.

En sus voces, la historia de la devastación que vive Ucrania, las dificultades de los que luchan por sobrevivir tanto sobre el terreno como



Polonia para quienes vienen de Kiev, el tiempo de espera para entrar es de cuatro días.

Mientras tanto, ayer, en Italia, el Consejo de Ministros aprobó un proyecto de ley con el que asigna diez millones de euros, procedentes del Fondo para emergencias nacionales, para permitir la organización de la acogida de los refugiados ucranianos.

Los refugiados podrán acceder a los Centros de Acogida Extraordi-

na, ACNUR y UNICEF. En la propia Ucrania no falta ayuda: en Korotycz, las hermanas Orione han permanecido junto a cerca de más de 40 madres y niños que no pudieron salir.

Lo mismo ocurre con los salesianos de Kiev, Lviv, Zhytomyr, Dnipro y Odessa, que acogen a cientos de menores en sus centros de acogida.

Y, en una rueda de prensa, los representantes de Caritas Internatio-

nal en la huida. "Europa y el mundo no deben olvidar a Ucrania", subrayaron las organizaciones benéficas, destacando la necesidad de proteger la dignidad humana y dar esperanza a la gente que ahora sufre.

Por último, hay un llamamiento unánime de los obispos de innumerables países instando a los fieles a rezar por la paz y a sumarse a la jornada de ayuno convocada para el Miércoles de Ceniza por el Papa Francisco.

El Pontífice prosigue las reflexiones sobre el sentido y el valor de la vejez

Una sociedad es estéril si no hay diálogo entre generaciones



La longevidad: símbolo y oportunidad. Este es el tema de la catequesis pronunciada en el Aula Pablo VI por el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del 2 de marzo, miércoles de ceniza, prosiguiendo el ciclo de reflexiones inaugurado la semana pasada sobre el sentido y el valor de la vejez.

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

En el pasaje bíblico de las genealogías de los antepasados sorprende enseguida su enorme longevidad: ¿se habla de siglos! ¿Cuándo empieza, aquí, la vejez? Uno se pregunta. ¿Y qué significa el hecho de que estos antiguos padres vivan tanto después de haber generado a los hijos? ¡Padres e hijos viven juntos, durante siglos! Esta cadencia secular de la época, narrada con estilo ritual, otorga a la relación entre longevidad y genealogía un significado simbólico fuerte, muy fuerte.

Es como si la transmisión de la vida humana, tan nueva en el universo creado, pidiera un lento y prolongada iniciación. Todo es nuevo, en los inicios de la historia de una criatura que es espíritu y vida, conciencia y libertad, sensibilidad y responsabilidad. La nueva vida —la vida humana—, inmersa en la tensión entre sus orígenes “a imagen y semejanza” de Dios y la fragilidad de su condición mortal, representa una novedad completamente por descubrir. Y pide un largo tiempo de iniciación, en el que es indispensable el apoyo recíproco entre las generaciones, para descifrar las experiencias y confrontarse con los enigmas de la vida. En este largo tiempo, lentamente, es cultivada también la calidad espiritual del hombre.

En un cierto sentido, todo paso de época, en la historia humana, nos propone de nuevo esta sensación: es como si tuviéramos que retomar nuestras preguntas sobre el sentido de la vida desde el inicio y con calma, cuando aparece el escenario de la condición humana lleno de

preguntas nuevas e interrogantes inéditos. Ciertamente, la acumulación de la memoria cultural aumenta la familiaridad necesaria para afrontar los pasajes inéditos. Los tiempos de la transmisión se reducen; pero los tiempos de la asimilación piden siempre paciencia. El exceso de velocidad, que ya obsesiona todos los pasajes de nuestra vida, hace cada experiencia más superficial y menos “nutriente”. Los jóvenes son víctimas inconscientes de esta escisión entre el tiempo del reloj, que quiere ser quemado, y los tiempos de la vida, que requieren una adecuada “fermentación”. Una larga vida permite experimentar estos largos tiempos y los daños de la prisa. La vejez, ciertamente, impone ritmos más lentos: pero no son solo tiempos de inercia. La me-

Ciertamente, la acumulación de la memoria cultural aumenta la familiaridad necesaria para afrontar los pasajes inéditos. Los tiempos de la transmisión se reducen; pero los tiempos de la asimilación piden siempre paciencia

didada de estos ritmos abre, para todos, espacios de sentido de la vida desconocidos para la obsesión de la velocidad. Perder el contacto con los ritmos lentos de la vejez cierra estos espacios para todos. Es en este horizonte que he querido instituir la fiesta de los abuelos, en el último domingo de julio. La alianza entre las dos generaciones en los extremos de la vida —los niños y los ancianos— ayuda también a las otras dos —los jóvenes y los adultos— a vincularse mutuamente para hacer la existencia de todos más rica en

humanidad.

Es necesario el diálogo entre generaciones: si no hay diálogo entre jóvenes y ancianos, entre adultos, si no hay diálogo, toda generación permanece aislada y no puede transmitir el mensaje. Un joven que no está vinculado a sus raíces, que son los abuelos, no recibe la fuerza —como el árbol tiene la fuerza de las raíces— y crece mal, crece enfermo, crece sin referencias. Por eso es necesario buscar, como una exigencia humana, el diálogo entre las generaciones. Y este diálogo es importante precisamente entre los abuelos y nietos, que son los dos extremos.

Imaginemos una ciudad donde la convivencia de las diferentes edades forme parte integral del proyecto global de su hábitat. Pensemos en la formación de relaciones afectivas entre vejez y juventud que se irradian en el estilo general de las relaciones. La superposición de las generaciones se convertiría en fuente

de energía para un humanismo verdaderamente visible y vivible. La ciudad moderna tiende a ser hostil con los ancianos (y no por casualidad también lo es con los niños). Esta sociedad que tiene este espíritu del descarte y descarta tantos niños no queridos, descarta a los ancianos: los descarta, no sirven y los pone en una residencia para ancianos, ingresados... El exceso de velocidad nos mete en una centrifuga que nos barre como confeti. La mirada de conjunto se pierde por completo. Cada uno se aferra a

su propio pedacito, que flota sobre los flujos de la ciudad-mercado, para la cual los ritmos lentos son pérdidas y la velocidad es dinero. El exceso de velocidad pulveriza la vida, no la hace más intensa. Y la sabiduría requiere “perder tiempo”. Cuando tú vuelves a casa y ves a tu hijo, a tu hija pequeña y “pierdes tiempo”, pero este coloquio es fundamental para la sociedad. Y cuando tú vuelves a casa y está el abuelo o la abuela que quizá no razona bien o, no sé, ha perdido un poco la capacidad de hablar, y tú estás con él o con ella, tú “pierdes tiempo”, pero este “perder tiempo” fortalece la familia humana. Es necesario gastar tiempo —un tiempo que no es rentable— con los niños y con los ancianos, porque ellos nos dan otra capacidad de ver la vida.

La pandemia, en la cual estamos todavía obligados a vivir, ha impuesto —por desgracia, muy dolorosamente— un revés para el obtuso culto a la velocidad. Y en este período los abuelos actuaron como barrera ante la “deshidratación” emocional de los pequeños. La alianza visible de las generaciones, que armoniza los tiempos y los ritmos, nos devuelve la esperanza de no vivir la vida en vano. Y devuelve a cada uno el amor por nuestra vida vulnerable, cerrándole el paso a la obsesión de la velocidad, que simplemente la consume. La palabra clave aquí es “perder tiempo”. A cada uno de vosotros os pregunto: ¿sabes perder el tiempo, o estás siempre apurado por la velocidad? “No, tengo prisa, no puedo...”. ¿Sabes perder el tiempo con los abuelos, con los ancianos? ¿Sabes perder el tiempo jugando con tus hijos, con los niños? Este es el punto de referencia. Pensad un poco. Y esto devuelve a cada uno el amor por nuestra vida vulnerable, bloqueando —como he dicho— el camino a

la obsesión de la velocidad, que simplemente la consume. Los ritmos de la vejez son un recurso indispensable para captar el sentido de la vida marcada por el tiempo. Los ancianos tienen sus ritmos, pero son ritmos que nos ayudan. Gracias a esta mediación, se hace más creíble el destino de la vida en el encuentro con Dios: un diseño que está escondido en la creación del ser humano “a su imagen y semejanza” y está sellado en el

Por eso es necesario buscar, como una exigencia humana, el diálogo entre las generaciones. Y este diálogo es importante precisamente entre los abuelos y nietos, que son los dos extremos

hacerse hombre del Hijo de Dios.

Hoy se verifica una mayor longevidad de la vida humana. Esto nos ofrece la oportunidad de aumentar la alianza entre todas las etapas de la vida. Mucha longevidad, pero debemos hacer más alianza. Y también nos ayuda a crecer la alianza con el sentido de la vida en su totalidad. El sentido de la vida no está solamente en la edad adulta, de los 25 a los 60. El sentido de la vida está en todo, desde el nacimiento a la muerte y tú deberías ser capaz de hablar con todos, también tener relaciones afectivas con todos, así tu madurez será más rica, más fuerte. Y también nos ofrece este significado de la vida, que es integral. Que el Espíritu nos conceda la inteligencia y la fuerza para esta reforma: es necesaria una reforma. La prepotencia del tiempo del reloj debe convertirse en la belleza de los ritmos de la vida. Esta es la reforma que debemos hacer en nuestros corazones, en la familia y en la sociedad. Repito: ¿reformular qué? Qué la prepotencia del tiempo del reloj debe

convertirse en la belleza de los ritmos de la vida. Convertir la prepotencia del tiempo, que siempre nos apura, a los ritmos propios de la vida. La alianza de las generaciones es indispensable. Una sociedad donde los ancianos no hablan con los jóvenes, los jóvenes no hablan con los ancianos, los adultos no hablan con los ancianos ni con los jóvenes, es una sociedad estéril, sin futuro, una sociedad que no mira al horizonte, sino

que se mira a sí misma. Y se queda sola. Que Dios nos ayude a encontrar la música adecuada para esta armonización de las diferentes edades: los pequeños, los ancianos, los adultos, todos juntos: una hermosa sinfonía de diálogo.

«Acompañamos a todo el pueblo ucraniano «que está sufriendo bombardeos»: lo pidió el Papa proponiendo de nuevo la jornada de ayuno y oración por la paz en el país de Europa oriental, al finalizar la audiencia general, que concluyó con el canto del Pater noster y la bendición apostólica. En los saludos dirigidos a los presentes, el Pontífice también dio las gracias a los polacos que han abierto las fronteras y las casas a los vecinos que huyen de la guerra.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Que el Espíritu Santo nos conceda la gracia de experimentar la belleza de cada etapa de la vida, infancia, juventud, adultez, ancianidad, que promueva la necesidad de una alianza entre las generaciones, niños, jóvenes, adultos y ancianos llena de armonía y serenidad. Dios los bendiga. Muchas gracias.